

como justo, á pesar de todos los engañosos juicios de los hombres. Seguíd pues, amados míos, la virtud si quereis ser como san Antonio amados de Dios y de los hombres. La virtud es solamente lo que Dios estima en nosotros, no las riquezas, no los nacimientos ilustres, no los distinguidos empleos, no la robustez, la hermosura, la ciencia ú otros dones naturales. La virtud sola, vuelvo á decir, nos hace agradables á Dios, amigos de Dios, é hijos amados de Dios; y esta misma virtud, á pesar de todas las burlas é irrisiones de los pecadores, nos hace amables á todas las personas de juicio, de probidad y de buena vida. La virtud, finalmente, nos mantendrá en la divina gracia, y nos alcanzará la eterna gloria. Amen.

SERMON

DE SAN ANTONIO DE PADUA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

... *Qui autem fecerit, et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.*

... Mas quien hiciere y enseñare, este será llamado grande en el reino de los cielos.

S. Mateo, c. 5. v. 19.

Si yo, piadosos y devotos oyentes, me propusiera hoy delinear en vuestra presencia el retrato de un grande de la tierra, mas conocido por su nombre que por sus virtudes; ó si para realzar la debilidad de sus acciones necesitara valerme de los vanos adornos de la elocuencia humana, siguiendo el torrente de la adulacion, tan universal en nuestros días, buscaria tal vez entre sus ascendientes lo que desearia hallar en mi héroe; cubriera sus faltas con las glorias de aquellos; daria en fin á su nacimiento los debidos honores, para suplir en parte las alabanzas que él no mereciera. Mas para formar el verdadero elogio del grande Antonio, cuya memoria celebramos, no es menester detenerse en estos rasgos, mas propios para nutrir la vanidad y entretener el orgullo, que para excitar la piedad y promover la edificacion. ¿Á qué fin pues ponderar la nobleza del vencedor de la herejía, del apoyo de la iglesia, del reformador de las costumbres, del oráculo de los predicadores, del martillo de los rebeldes, del muro firme de la fe, del héroe del cielo de la honra de Dios, del arca viva del divino Testamento, como se explica con admiracion Gregorio IX? ¿Por qué no preferirémos sus heróicas virtudes á su ilustre tronco? Olvidemos pues por esta vez el gran nombre de Bullon, de la primera nobleza de Portugal, descendiente, segun algunos, de Gofredo de Bullon, duque de Lorena y rey de Jerusalem: olvidemos asimismo

el esclarecido de los Taveras, cuya ilustre descendencia por parte de su madre, segun el conde D. Pedro en su Nobiliario, viene de D. Fruela, rey de Astúrias, padre de Alfonso el Casto; pues el mayor blason de estas familias es haber producido á Antonio. Como Dios no es aceptador de personas, la grandeza de su reino no se adquiere por vínculos de sangre. El que obrare y enseñare; esto es, el sabio dedicado á la instruccion de los fieles, que obrare con arreglo á las máximas eternas que enseña, este será denominado grande en el reino de los cielos, segun el oráculo de Jesucristo, sin que en orden á su calificacion pueda nada conducir el ser judío ó el ser griego, conforme á la sentencia del Apóstol. Todo el mérito personal estriba en la enseñanza y en las obras. Á estos dos principios, apoyados con la gracia, debe Antonio su grandeza delante de Dios, y de ellos debemos concluir nosotros su verdadero elogio. Ni yo haré otra cosa que entresacar sumariamente algunos pasajes de su preciosa vida, para haceros ver que Antonio fué dos veces grande; *gran sabio y gran santo*: dos reflexiones breves que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas, como tal vez esperarais, son dignas de esta cátedra, de mi héroe, de vuestras atenciones, y de mis endebles conatos. Anima, ó Dios! mis palabras, y purificad mis labios como los de vuestro Profeta, para que dignamente pueda anunciaros glorioso en vuestros santos. Ayudadme todos á pedir este beneficio, postrándoos con corazon contrito y humillado ante aquel augusto y adorable Sacramento, fuente, origen y principio fecundo de toda gracia. *Ave Maria.*

La invocacion de los santos es un dogma de nuestra religion, apoyado sobre las santas Escrituras y la constante tradicion de la iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, que ni puede engañarse ni engañarnos. Si yo hablara á un pueblo ménos católico, ó ménos instruído, me detendria á desvanecer las cabilaciones é imposturas de nuestros enemigos sobre la materia. Mas como tengo la satisfaccion de hablar á unos oyentes no ménos herederos de la sangre, que de la fe y piedad de sus padres y mayores, basta para confirmaros en ella, y confundir á los herejes, decir que ha sido costumbre inviolable en la iglesia venerar á los santos, é invocarlos como siervos y amigos de

Dios: práctica loable, útil, santa y de todos los siglos. Veneracion que dista mucho del supremo honor y culto que solo á Dios es debido. Únicamente se veneran por sus ilustres victorias, por la gracia que los adorna, por la gloria que gozan, y por su estrecha union con Jesucristo, á quien solo se debe soberano culto. Ni se le hace injuria invocando á los santos. Adoramos á Jesucristo como á único mediador, que intercede por nosotros á su Padre celestial, de quien siempre es oído por la reverencia que le es debida: creemos con san Pablo que en sola su virtud omnipotente nos movemos, vivimos y somos. Mas no dudamos invocar á los santos como á sus mayores amigos y validos, para que nos alcancen los auxilios y gracias que necesitamos para el socorro de nuestras aflicciones. De aquí el culto de las santas imágenes, sobre el cual nos previene la iglesia no pongamos en ellas nuestra confianza, sino que invoquemos por ellas á sus originales para con Dios, único fundamento de nuestra esperanza, y autor de todo bien. No creemos pues que las estatuas ó imágenes encierren en sí mismas virtud alguna, como osan imputarnos los herejes, blasfemando lo que ignoran, ó afectando ignorancia para blasfemar. Las conservamos con veneracion, como conservaban los israelitas en otro tiempo el maná, la serpiente de metal, y la vara de Aaron. Esta ha sido siempre la doctrina y espíritu de la iglesia desde Abel, justo hasta nuestros dias, en las memorias de sus mártires, en la invocacion de sus santos, en la veneracion de sus imágenes y reliquias. Si la ignorancia de los pueblos, ó la negligencia de sus pastores ha introducido algun abuso, este no lo autoriza la iglesia, ántes expresamente lo reprueba en el santo concilio de Trento. ¿Qué mucho pues si apoyados sobre la fe constante de nuestros mayores, veneramos é invocamos la memoria y proteccion de unos héroes que nos dieron luz con su doctrina, y nos edificaron con su ejemplo? ¿Qué mucho, repito, si correspondiendo á las leyes de la gratitud, tratamos con el debido obsequio á estos ilustres personajes, que tanto se interesan por nuestra felicidad?

Con arreglo pues á estos principios, ¿cómo podremos rehusar nosotros el culto del grande Antonio, tan benemérito de la iglesia por las luces que la comunicó, y virtudes con que la enriqueció? Seguidme sin desmayar mientras yo pongo á buena luz su excelente sabiduría y su rara santidad, conforme al plan

de mi discurso. Mas ante todas cosas os debo prevenir, que cuando hablo en recomendacion de la sabiduría de Antonio, no entiendo por sabiduría las disputas de Arrio y del Liceo, el fasto de los escépticos rígidos, la arrogancia de los cínicos y platónicos, la demencia de los pirrónicos, ni la extravagancia de los aristotélicos, copiosos y miserables frutos de la soberbia y presuncion humana, é inagotables fuentes de la ignorancia y del error. No hablo de aquella ciencia enemiga de Dios, segun san Pablo, con que inflamados sus profesores, y enamorados de sí mismos, juzgan necesitar de telescopio ó microscopio para divisar á los demas mortales, como á viles insectos de la naturaleza. Ciegos miserables, y guias de otros ciegos, que palpando por luz las que son tinieblas, se despeñan todos en el interminable precipicio.

Hablo pues de una sabiduría, que sin dejar de ser fruto de un profundo talento y de una constante aplicacion, merezca ser llamada don del Espíritu santo; de una sabiduría, que radicada en el temor de Dios, se ocupe en indagar y publicar sus adorables perfecciones; de una sabiduría, que libre de la ostentacion y de la vanidad, escudriñe con diligencia las obras de la naturaleza y de la gracia á honra y gloria de su Criador. En este género de sabiduría, que debe ser mirada como la ciencia de los santos, hizo Antonio maravillosos progresos. Como Dios le destinaba por muro inexpugnable de su iglesia, le dotó de aquellos dones que debian hacerle digno de su apostólico ministerio. Apénas sus padres, para hacerle útil á la religion y al estado, le aplicaron á la carrera de los estudios, cuando manifestó la profundidad de su talento, la claridad de sus luces, la viveza de su ingenio, y lo dócil de su voluntad para una constante aplicacion. Bien presto, como otro Saulo, se aventaja á sus contemporáneos, que le admiraban y consultaban como á oráculo: no siendo en él ménos loable su aplicacion al ejercicio de la oracion que al estudio. Los templos ó tabernáculos de Dios eran las delicias de este jóven Jacob, y las aulas que visitaba con mas frecuencia. Aquí ofrecia á Dios las primicias de su talento. Jesueristo crucificado era para Antonio un libro abierto donde aprendia sus inmensos beneficios, su infinita caridad y bondad, y sus entrañas de misericordia. Aquí se instruía en las funestas consecuencias del pecado, en la brevedad de la vida, en la estrechez de la cuenta, y rigor del juicio. Aquí oía las

voces y silbos de este buen pastor, que se sacrificó por su rebaño. Estimulado de tan importantes ideas, y con el designio de ponerse á cubierto de los terribles asaltos del comun enemigo, y de los peligros inminentes del mundo, de la carne y de la sangre, se refugió al puerto seguro de la religion, profesando entre los canónigos reglares de San Agustin, extramuros de Lisboa, su patria, donde florecian la virtud y las letras. Aquí empezó la carrera de los estudios mayores, con admiracion de sus condiscípulos y maestros, que miraban sus progresos en las ciencias mas como fruto de su fervoroso espíritu, que de sus tareas literarias. Bien presto se concilió la benevolencia y el séquito de aquel inmenso pueblo. Mas esto mismo sirvió á Antonio de estímulo para huir de su patria, donde temia naufragar entre el aura popular y el aplauso. Salió como otro Abraham por inspiracion divina de esta Ur de los caldeos, á buscar la soledad y el retiro en Santa Cruz de Coimbra. El estudio de la teología fué, por orden de sus superiores, el objeto de los desvelos de Antonio, y en ella, despues de haber meditado muchas veces las Escrituras, la tradicion, los concilios y los Padres, adquirió conocimientos tan profundos, que mereció un dia por ellos ser honrado por el mismo sumo pontífice con el glorioso titulo de Arca viva del Testamento: elogio que habia ántes dado san Gerónimo al apóstol de las gentes san Pablo: y yo no dudaria aplicarle el de vaso lleno de sabiduría, con mas justicia que lo atribuyó á Diógenes el grande Alejandro.

Á pesar de estos conocimientos y estas luces, que á cualquier sabio de nuestros dias hubieran hecho idólatra de sí mismo, trabajaba Antonio cuidadosamente por ocultarlas, ocupándose en los empleos mas bajos de la comunidad, y estudiando en el silencio y el retiro. Mas como Dios no crió la luz para que estuviese sepultada, sino para que iluminase á los de su santa casa, y desterrase las tinieblas, no contento con haberle preparado para vaso de eleccion entre los hijos de Agustino, este taller de santidad y de ciencia, se dignó perfeccionarle en la escuela de Francisco. Este grande Ananías de los últimos siglos le manifiesta las órdenes del cielo. « De parte de Dios, le dice, « estando en oracion, y por ministerio de sus ángeles, vengo á « intimarte ser su voluntad tomes el hábito de mi orden, pues « en ella lograrás el deseo que tienes de aprovechar y servir á

« la iglesia en la conversion de las almas. » Á esta sola voz obedece sin dilacion este nuevo Paulo con el rendimiento de otro Samuel. Solicita con ansia su traslacion á los menores, que consiguie venciendo dificultades. Con el hábito mudó tambien el nombre. Dios que dispuso trocar el de *Abram* en el de *Abraham*, el de *Sarai* en *Sara*, el de *Jacob* en *Israel*, para los altos fines solo conocidos de su Providencia, ordenó asimismo que mudase nuestro héroe el nombre de *Fernando* en el de *Antonio*, acaso en reverencia del grande abad y padre de las religiones, en cuya ermita fué la primera fundacion de los franciscanos de Coimbra.

¡Qué gozoso, señores, no pasaba Antonio sus dias desconocido aun entre sus nuevos hermanos! Pero nuestro padre seráfico, que no ménos conocía su espíritu que su sabiduría, le destinó á la enseñanza de la juventud, siendo el primero en la órden á quien dió patente de lector de teología. En el empleo de tan noble facultad se ocupó por algun tiempo en Monte Pesusano, en Padua y en Bolonia, estos grandes teatros de las ciencias. ¡Qué gloria, señores, para Antonio haber sido precursor y maestro de los Ales, de los Buenaventuras, de los Bernardinos, de los Capistranos, de los Escotos, de los Aureolos, de los Rubiones y de tantos otros varones ilustres que han defendido y sostenido la iglesia con su pluma, con su política, y á veces con su sangre! ¿Cuánto no debes, religion sagrada, á las luces que te comunicó Antonio, ya de viva voz, ya por escrito? ¿Con cuántas lenguas no nos habla aún en la gloriosa posteridad de sus discípulos? Mientras duren los fastos de nuestra religion durará la dulce memoria de este su célebre y primer maestro.

Ni es leve argumento de su sabiduría el ministerio de la palabra, en que tantas veces triunfó de los vicios y de los herejes. La defensa de nuestra religion, dice un padre de la iglesia, es la principal obligacion de un doctor cristiano. Para desempeñar Antonio este cargo, que trae consigo el sacerdocio, ya en conversaciones privadas, ya en conferencias públicas, ya de viva voz, ya por escrito, disputa continuamente con los herejes: los confunde, los convence, los atrae, los convierte, sin rehusar, como Elías con los falsos profetas de Baal, el recurso á los milagros, para acreditar públicamente los misterios de nuestra re-

ligion. Guialdos y Bonivillos, monstruos de la herejía y trofeos de la sabiduría de Antonio, presentaos aquí por un momento á darme testimonio de esta verdad.

Todo concurría en Antonio á hacer irresistible su elocuencia. Robusto y sonoro metal de voz, gracia y circunspeccion en el decir, copia de doctrina, gravedad de sentencias, fuego en las expresiones, la austeridad de sus penitencias, que demostraba mudamente en su rostro, y sobre todo, la suavidad y fortaleza que derramaba Dios sobre sus labios, eran dulces cadenas que aprisionaban las almas. De aquí los numerosos concursos que seguian á Antonio arrastrados de su elocuencia; de suerte que no bastando ya los templos, las calles y las plazas, salian á formar teatro y alfombra de las mas espaciosas campiñas. Se cierran los tribunales y audiencias, cesa el comercio como en las mayores solemnidades, los obispos, los magistrados, el clero, la milicia, todos los órdenes del pueblo concurren á porfía á participar de la celestial sabiduría de Antonio. Isócrates, Demóstenes, Eschines, Tulios, ¿cuándo vuestra elocuencia logró tantos aplausos? ¿Qué hubierais dicho al ver diez, veinte y treinta mil personas de uno y otro sexo, de todas condiciones y estados, marchar en silencio, como en procesion y en ordenanza, á oír este nuevo Crisóstomo, por cuyos labios se difundía la virtud irresistible del Espíritu santo? ¿Qué hubierais dicho al ver las aves del cielo abatir sus vuelos, y los peces del mar levantar sus cabezas y sacudir sus colas, halagüeños al imperio de Antonio, y en reverencia de la palabra de Dios despreciada por los herejes! ¿Qué hubierais dicho al ver un bruto indolente postrarse con sumision á dar culto y adoracion al Sacramento al impulso de la voz de Antonio? ¿Qué hubierais dicho al ver repetido muchas veces en Roma el milagro una vez obrado en Jerusalem; esto es, que predicando Antonio en lengua toscana, fuese de todos entendido como si hablara en la de cada uno? ¿Qué hubierais dicho?... ¿Mas para qué me canso y os molesto? Los ladrones y foragidos, cuya conversion pareció al Crisóstomo tan difícil, como que de dos que se hallaron en el sacrificio del Calvario, se convirtió uno solo, ¿no cedieron en número de veinte y dos á un solo sermón de Antonio? Por otra parte, ¿quién al leer sus escritos no se halla tocado de aquella elocuencia varonil, de aquella profunda y sublime sabiduría que le hacia triunfar de los herejes, y con que tantas ve-

ces los atrajo al seno de la iglesia? Qué mucho pues si á un héroe tan benemérito de la república cristiana le desean todos con mas razon que á Caton por su compatriota? Cada reino, cada provincia pretende pertenecerle tan precioso tesoro. Alega á su favor la España su nacimiento en Lisboa, parte la mas occidental de este reino; la Francia haber vivido en ella largo tiempo, y haber sido testigo de sus mas ilustres acciones; la Italia haber sido teatro donde difundió este sol sus luces, y depósito de sus reliquias. Gloriosa emulacion, y competencia honorífica á nuestra sagrada religion, que aún dura despues de seiscientos años de su feliz tránsito.

Pero esta sabiduría, estas luces, este crédito y aplauso universal, esta vigorosa y suave elocuencia, esta profundidad y vehemencia de sus escritos y racionios, ¿de qué hubieran servido á Antonio, si engreído á imitacion de los sabios de nuestros dias y filósofos del siglo, no hubiera incesantemente trabajado en dar gloria á Dios en sus obras, santificándose á sí mismo y á todos sus hermanos? La ciencia sin virtud no es ménos muerta que la fe sin obras, segun la frase de san Júdas. Con arreglo pues á este principio debemos considerar los grandes conocimientos de Antonio, y hallarémos que no es ménos recomendable por su rara santidad que por su excelente sabiduría. Renovad aquí vuestra atencion. Dios quiere ser glorificado en sus siervos.

Para mostraros la santidad de Antonio no es menester, señores, que me detenga yo á presentaros en toda su extension el cúmulo de sus grandes virtudes. Esto en primer lugar seria abusar de vuestra benevolencia dilatándome demasiado. Por otra parte cada una de sus heróicas virtudes pide ser tratada segun su dignidad, y vosotros lograréis ocasiones de oirlas de boca de otros oradores. No hablo pues por ahora de aquella rendida obediencia, superior á toda víctima delante de Dios, y móvil de las acciones de Antonio. No hablo de aquella humildad profunda que le condujo á juzgar con desprecio de sí mismo, y á ocuparse siempre que podia en los oficios mas bajos de la comunidad. No hablo de su pureza, esta virtud angélica tan singular en Antonio, que era como una especie de contagio santo que inficionaba á los demas. No hablo de la severidad de una mortificacion con que este animado esqueleto afligia á sus cansados miembros, reduciéndolos á servidumbre, como otro Pablo,

hasta el extremo de no poderse mantener en los piés, cayendo á veces de su estado. No hablo de aquel profundo silencio, esta virtud desconocida en el gran mundo, y fruto de la humildad, con que supo ocultar por algun tiempo las luces de su sabiduría, hasta ser obligado á manifestarlas por un precepto de obediencia. No hablo de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los frutos de su fervoroso espíritu. No hablo en fin de otras virtudes que obtuvo en grado héroe. Limitome por esta vez á su celo.

Hablo de esta pasion recomendable, precioso fruto de la caridad, y estímulo de ella misma; de este deseo ardiente de la santidad; de este divino impulso, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los herejes é incrédulos, é injuriado de los malos cristianos. Hablo, para decirlo de una vez, de esta sed de justicia que Jesucristo coloca entre las virtudes evangélicas; de este amor generoso para con Dios; de esta ternura por el prójimo, principio fecundo de tantas acciones ilustres. Este celo prudente que suscitó en la iglesia á los Atanasios, á los Ambrosios, á los Gerónimos, á los Agustinos contra los Maniqueos, los Pelagios y los Nestorios; el que hizo salir de los desiertos de la Tebaida al patriarca de los solitarios, para confundir en Alejandria á los Arrianos, este mismo excitó en el siglo XIII al grande Antonio contra los Albigenses, Abelardos, Almaricos, Berengarios y demas irreconciliables enemigos de la iglesia. Reflexionemos brevemente sobre el fervor de su celo y ardor de su caridad.

¿Qué deseo de la honra y gloria de Dios no se descubre en Antonio, cuando con pecho apostólico se ofrece, y pide licencia á sus superiores para ir á derramar su sangre por Jesucristo? Devora en sus deseos la corona del martirio. Se lisonjea que los marroquíes, estos pueblos bárbaros, donde humeaba aún la sangre de san Berardo y sus compañeros mártires gloriosos, que consagraron los principios de la religion franciscana, darian cumplimiento á sus deseos. Dirige á estas regiones su marcha con no menor impulso que solicita un ciervo las fuentes de las aguas, y comienza con pasos de gigante su carrera. Las montañas mas inaccesibles, las mas ásperas se suavizan y allanan á presencia de su ardiente deseo del martirio. Víctima preparada del